

UN *amor* DE PELÍCULA

Rachel Winters



A veces la vida real es mejor que el cine

RACHEL WINTERS

UN AMOR DE PELÍCULA

Traducción de Pilar de la Peña Minguell

Título original: *Would Like To Meet*

© Rachel Winters, 2019
© por la traducción, Pilar de la Peña Minguell, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: enero de 2020
ISBN: 978-84-08-22188-3
Depósito legal: B. 25.800-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Dos semanas antes

1

CÓDIGO ROJO

Interior de un bar en un sótano del Soho,
viernes 16 de noviembre a las 22.00.

Evie se encuentra en medio de una multitud de
veinteañeros bien vestidos, con una «copa» (de
plástico duro) de vino blanco de la casa en la mano,
asintiendo cuando corresponde a la conversación que
tiene lugar a su alrededor. Mira el móvil, demasiado
achispada para resultar tan discreta como ella cree
que lo está siendo.

Sarah: Os mando por correo la presentación
para vuestra sesión de planificación del fin de
semana. ¡Estad al tanto!

Maria: No nos importa planificar tu
despedida de soltera por nuestra cuenta.

Jeremy: Lo que no significa que no nos
importe planificar tu despedida de soltera.

Sarah: Pero así os ASEGURÁIS de que me
encanta. Ya que hablamos de la boda,
¿qué pasa con lo de tu acompañante, Evie?

Volví a guardarme el móvil en el bolso. Sarah llevaba pre-
guntándome por «lo de mi acompañante» desde que se había

prometido. Como si yo tuviese una enfermedad grave de la que prefiriera no hablar.

Cuando devolví la atención a las dos jóvenes modernísimas que estaban conmigo en la barra, reparé en un par de cosas: 1) en su piel de bebé, hermosa, inmaculada y ajena a la preocupación, y 2) en que yo estaba mucho más achispada de lo que pensaba, a pesar de haberme atendido a mi regla estricta de sólo tres copas.

Era lo malo de las salidas de asistentes. Una vez al mes, todos los asistentes de agencias de talentos para cine y televisión se reunían en un bar distinto pero parecidísimo del centro de Londres para «socializar» (o sea, cotillear). En esos eventos nunca había comida, pero siempre abundaba un tipo de vino blanco muy concreto (el más barato). No pude más que suponer que todos los presentes eran demasiado jóvenes para haber sufrido una resaca de adulto y, en consecuencia, no tenían ni la menor idea, angelitos, de lo que era despertarse con la sensación de que todos y cada uno de tus veintinueve años te habían atizado en la cara.

Yo, en cambio, tenía un sándwich de huevo en la bandolera de trabajo y estaba deseando comérmelo, pero aún no había encontrado el momento. Aunque mi lado práctico me decía que debía llevarme algo al estómago, también entendía que seguramente la gente normal no va a socializar con el sándwich hecho de casa.

Una de las chicas, Jodi, se apartó la cortina de pelo rubio de la cara y me dedicó una sonrisita que me hizo sentir como si la pipiola fuese yo. Tuve la sensación de que acababa de preguntarme algo. Era asistente en una de las agencias de talentos más grandes del sector, y una de esas personas que reúnen cotilleos como si fueran monedas.

—Perdona, ¿cómo dices? —pregunté apretando con fuerza

la copa de plástico. No hacía mucho, yo iba acompañada a esos eventos.

—Ando paseando a la joven Geraldine, aquí presente, para que conozca a la gente molona —dijo Jodi. Tenía uno de esos acentos arrastrados de Londres que me hacían sentir más del norte con cada sílaba.

Me volví hacia la adolescente de gafas redondas. Llevaba casi toda la melena recogida en un moño medio deshecho y el resto le caía en una maraña de ondulaciones que parecían decir «mirad lo poco que me importa mi aspecto». Por debajo del pantalón de peto asomaba una camiseta blanca con GRETA GERWIG escrito en grandes letras negras. Quise una de inmediato, aunque yo nunca molaría lo suficiente para conseguirla.

—¿De quién eres becaria? —pregunté.

Se hizo un breve silencio.

—Evie, no te enteras. —Jodi rio—. Es asistente.

—¡Pero si es una cría! —se me escapó, y cerré de golpe la boca como si así pudiera retirar mis palabras.

Geraldine soltó una carcajada y se llevó una mano al pecho.

—¡Gracias! Llevo ya muchísimos años de asistente —dijo, y añadió en voz más baja—: En realidad, ¡tengo veintitrés! Me preocupaba parecer demasiado mayor.

—No aparentas más de veintiuno —fue la respuesta automática de Jodi.

A mí me dieron ganas de agarrar a Geraldine por los hombros y decirle que, más que joven, parecía recién hecha. En su lugar, bebí otro sorbito de vino.

—Geraldine está en Geoffrey and Turner —prosiguió Jodi, dándole una importancia que yo ignoré de forma intencionada.

Geoffrey and Turner era una agencia pequeña pero respetada de guionistas de cine y televisión. Hacía años había sido rival

directo de William Jonathan Montgomery & Sons, pero últimamente se había convertido en la favorita de los guionistas que buscaban prestigio, y la nuestra... Bueno, algún día nos recuperaríamos.

—Ritchie, uno de los nuevos compañeros de Geraldine, es un viejo amigo tuyo, ¿no, Evie? —me provocó Jodi.

No se le escapaba una. Desde que sabía que yo lo había conocido cuando sólo era Ricky, no perdía ocasión de indagar. Mi ex era lo que en el sector se conocía como «unicornio», o sea, un hombre soltero, lo que sin duda lo ponía en el radar de cotilleo de Jodi. Podría haberle contado que Ricky era uno de esos tíos que te hacían sentir la persona más afortunada del mundo. Hasta que dejabas de interesarle. Me limité a sonreír, sin satisfacer su curiosidad, como de costumbre.

—Ritchie es increíble —exclamó Geraldine entusiasmada—. Cualquiera día de éstos lo harán agente. Lleva «ascenso meteórico» escrito en la cara.

—Bueno, no iba a ser asistente por toda la eternidad —repuso Jodi, y añadió agarrándome el brazo—: Tranquila, tú también lo conseguirás. Sólo que tu situación es peculiar.

No se equivocaba, pero no fue eso lo que me sentó mal. «No lo irán a ascender ya, ¿no?» Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Dónde trabajas tú? —me preguntó Geraldine.

Suspiré. Iba a enterarse tarde o temprano.

—En William Jonathan Montgomery & Sons —contesté.

Geraldine me miró con los ojos muy abiertos.

—Ah, tú eres esa Evie...

Cuando eras la asistente con más solera del sector, se corría la voz.

Fue un alivio que les apeteciera otra copa y fueran a buscarla. Saqué de nuevo el móvil y deseé que fuera ya el viernes siguiente para que mis amigos estuvieran por fin en Londres con-

migo. A veces los kilómetros que nos separaban se me hacían infinitos.

Evie: SOCORRO, ESTOY RODEADA SE CRÍOS.

Maria: ¿Dónde andas?

Evie: De copas con los asistentes.

Evie: *DE críos.

Jeremy: ¿Está Dicky?

Evie: No. Ahora ya sólo socializa con agentes.

Sarah: Mejor. ES BUENO PARA TU CARRERA, EVIE.

Jeremy: Baja la voz, Sarah.

Maria: Eres agente en todo menos de nombre, Evie. Ya has hecho acto de presencia. ¿Por qué no te vas a casa? Cúidate.

Guardé el móvil sin responderle a Maria. Por mucho que me costara a veces asistir a aquellos eventos, tenía que hacerlo si quería albergar alguna esperanza de llegar a ser algo más que asistente. Allí estábamos todos igual: desesperados por decir lo correcto, hablar con la persona correcta, hacer esos contactos importantísimos. Me pasó lo mismo nada más mudarme a Londres, pero no sólo con las agencias.

«Si papá pudiera verme ahora...»

Se sentiría orgulloso, seguro, aunque le sorprendería encontrarme a ese lado del negocio: representando a otros guionistas

y no al revés. Se preguntaría qué había sido de la niña que con doce años ya anunciaba que sería la próxima Nora Ephron o Dorothy Taylor, que se comportaba como si escribir fuera tan esencial para ella como comer o respirar. Claro que nunca sabría lo que me había dicho el primer agente al que le había enseñado mi trabajo.

«No tienes lo que hay que tener.»

Noté un pequeño escalofrío. En general, no pensaba mucho en mi época de guionista, pero esa noche me estaba costando no hacerlo. «Siete años como asistente. Feliz aniversario, Evie.» Aun así, procuraba sentirme afortunada. Como yo no había podido hacer realidad mi sueño, hacía realidad el de otros guionistas. Todo mi esfuerzo habría merecido la pena cuando me hicieran agente. Monty siempre me decía que aún no estaba preparada para el puesto. Sólo debía encontrar un modo de hacerle ver de qué pasta estaba hecha.

Me hice un hueco en la barra al lado de Jodi para soltar mi copa vacía, justo a tiempo para oír lo que decía Geraldine:

—Yo creo que no aguantaría tanto tiempo en el mismo puesto. —Me vio allí plantada—. Sin ánimo de ofender —se apresuró a añadir.

—No es culpa de Evie —señaló Jodi—. Su jefe, Monty, es de risa.

Me fastidió el comentario. Monty era parte de lo que en el gremio se conocía como «la vieja guardia». Uno de los últimos bastiones de los tiempos en que los tratos se cerraban en los bares de los clubes privados. Aún podía camelarse a un productor cuando hacía falta, pero el mundo había avanzado. La oleada de jóvenes entusiastas recién llegados al sector venía cargada de un conocimiento innato de la «negociación», una palabra que a Monty le producía urticaria.

—Es brillante en lo suyo —dije, consciente de que defendía tanto mi propia experiencia como la suya.

—Todos sabemos por qué sigues ahí: por el aliciente laboral. —Jodi pronunció «laboral» de una forma peculiar, y la brecha generacional que había entre nosotras se convirtió en un abismo—. Por cierto guionista oscarizado del que Monty debe de saber algo muy chungo para haber podido retenerlo tanto tiempo.

En principio, Jodi estaba al corriente de los trapos sucios de todos los guionistas, pero había cosas del cliente estrella de Monty que ni siquiera ella sabía.

A Geraldine le brillaron los ojos.

—No estarás hablando de Ezra Chester, ¿verdad? Ay, madre mía, ¿cómo es? ¿Está tan bueno como parece en Instagram? Me encanta que esté saliendo con Monica Reed. Ella es como diez años mayor que él y parece que no le importa en absoluto. ¿Qué tal va su películón? ¿No ha donado la mitad de sus honorarios a una ONG? ¡Cuéntamelo todo!

Ezra se había convertido de golpe en un niño bonito del sector después de ganar un Oscar al mejor guion hacía tres años, pero no había adquirido el estatus de celebridad hasta que había empezado a salir con la reina de Hollywood, Monica Reed. Como había aparecido en varias revistas del corazón y en diversas listas de favoritos, su cuenta de Instagram tenía de pronto más de trescientos mil seguidores. Su físico era más de estar delante de las cámaras que detrás de ellas, y eso ayudaba.

—No puedo contar mucho de la película, la verdad —dije sonriendo para suavizar mis palabras.

—Me parto contigo, Evie —espetó Jodi, y de repente me sentí como en el instituto: blanco de las burlas de las chicas molonas por levantar la mano en clase—. Somos amigas. Al menos podrías decirnos si los rumores son verdad. ¿Es cierto que el gran Ezra Chester sufre una crisis de inspiración?

—En absoluto —contesté, procurando ignorar la tirantez que la palabra *amigas* me había producido en el pecho.

Nos habíamos visto una vez al mes durante el último año o así, desde que Jodi había empezado a ser asistente. ¿Se podía considerar amistad? En parte confiaba en que sí, porque al mudarme a Londres había descubierto que hacer amigos fuera del trabajo era casi imposible. Y, sin embargo, la única vez que habíamos ido juntas a tomar una copa, yo había bajado la guardia y le había contado algo personal, y al día siguiente una asistente a la que no conocía me había mandado un correo electrónico para recomendarme a su psicólogo. No habíamos vuelto a quedar.

—Seguro que su labor benéfica le roba tiempo para escribir —comentó Geraldine compasiva—. Acaba de pasar un mes entero en Sudamérica para conocer a todos los niños a los que tiene apadrinados. No sé cómo lo hace.

—Nosotros tampoco —dije yo en tono neutro, pensando en las fotos artísticas de los viñedos que también había tenido tiempo de visitar.

—Cuéntanos algo de Ezra que no sepamos, Evie —me pidió Jodi abriendo mucho los ojos como si a las dos nos repateara Geraldine, como si conspiráramos juntas.

—Bueno... —contesté, todavía algo mareada de beber tanto alcohol barato con el estómago vacío—. Lo cierto es que Ezra... —Vi que Jodi contenía la respiración. Me vibró el móvil.

Callé un momento, de pronto consciente de lo fácil que habría sido contárselo; no habría tenido más que explicarles por qué mis amigos de siempre lo llamaban ESNOB, y arruinaría su reputación y la de la agencia de un solo golpe maestro.

Las dejé pasmadas cuando metí la mano en la bandolera y saqué el sándwich para buscar el móvil. «¡Bueno, qué demonios!» Abrí el paquete y le di un bocado.

Jodi carraspeó, muerta de vergüenza.

—¿Y bien? Vamos, Evie, cuéntanos.

—Vale. —Me ablandé. Se acercaron un poco—. Lo cierto... —dije, e hice una pausa para despacharme rápidamente el sándwich— es que su próximo proyecto os va a alucinar a todos.

Un instante. Me miraron sin dar crédito.

—Ya —respondió Jodi sin entusiasmo, y esa vez fui yo la que se quedó al margen de sus miradas cómplices.

Eso es lo bueno de ser asistente durante siete años: que al final lo bordas.

Puede que Ezra fuera un ESNOB, pero nadie de allí iba a saber nunca por qué.

Guardé el envoltorio vacío en la bandolera y saqué el móvil. Tenía varias llamadas perdidas de Monty. Conociéndolo, podía ser cualquier cosa, desde un problema gordo con algún cliente hasta que necesitara que le llevase un traje a la tintorería.

Por una vez me alegré de que me diera tanto que hacer.

—Perdonadme, pero tengo que irme pitando. Me necesitan en la oficina.

Geraldine miró la hora en su reloj Baby G sumergible.

—¡Si son más de las diez! —exclamó espantada—. ¡Y es viernes!

—Bienvenida al mundo de las agencias —le dije con la más tierna de mis sonrisas.

—Me han tendido una emboscada. —Monty me hablaba en susurros, pero su voz retumbaba de una forma extraña—. ¿Les has dicho dónde estaba esta noche?

—¿A quiénes? —pregunté mientras esquivaba las multitudes del viernes noche en Dean Street.

—A Sam y a Max. Los tengo aquí.

Sam y Max eran los productores del nuevo guion de Ezra. Lo hacían todo como si fueran una sola persona, como una

Hidra a la que alguien hubiera intentado matar consiguiendo sólo partirla en dos trozos que seguían viviendo con normalidad. Jamás había conocido a dos personas tan educadísimas. Me parecía improbable que hubieran abordado a Monty sin previo aviso.

—¿Estás en The Ash?

—¡Ajá! —susurró furioso—. O sea, que sí les has dicho que estaba aquí.

Me mordí la lengua. Monty estaba siempre en ese club privado, prácticamente se había mudado allí. Pasaba más tiempo en The Ash que en casa, y cualquiera que lo conociese un poco nunca lo buscaba en el despacho.

—¿Y se han plantado los dos allí?

—Sí, ni siquiera han llamado para avisar. —Un ruido ahogó sus siguientes palabras. ¿Una cisterna?—. Tienes que venir enseguida. Código rojo, Evelyn, ¡rojo!

Monty había ideado un sistema de códigos para poder indicarme con qué urgencia requería mi presencia cuando estaba con clientes, de forma que nadie supiera que solicitaba mi ayuda. El ámbar era «estate atenta». El verde era para las urgencias menores, como que había que pedir un taxi o cosas así. La gravedad de un código rojo era impredecible. La última vez había sido porque un cliente se había atragantado con una albóndiga y Monty estaba tan borracho que no se acordaba de que yo ya me había ido a casa a pasar el fin de semana y no podía hacerle la maniobra de Heimlich desde Sheffield. A pesar de eso, el cliente había sobrevivido.

—Necesito que me saques de aquí. —También había que tener presente lo exagerado que era. Trabajábamos con guionistas, no con espías—. ¡Mierda! —dijo.

Durante unos segundos, sólo oí de fondo voces de mujer.

—¿Monty? ¿Va todo bien?

—Espera —me susurró. Las voces se desvanecieron—. ¡Ven a sacarme de aquí!

—Voy para allá. ¿En qué sala estás?

El club estaba en Mayfair y tenía siete plantas, con piscina y balneario en la azotea.

Monty farfulló algo sobre un «caño de horas».

—Perdona, no te he entendido eso último.

—Digo QUE ESTOY EN EL BAÑO DE SEÑORAS.

—Pues sal de ahí, ¿no? —le propuse con toda naturalidad.

—Me encantaría, pero es que me he quedado ENCERRADO, Evelyn. ¡Encerrado, joder!

Camino del metro, me alegré muchísimo de haberme comido el sándwich de huevo. Me daba la impresión de que iba a tener que estar despejada.